

de duque de Mazarino (1), y queriendo que el señor de Mazarino sea un gran señor, se propone dejar á Hortensia treinta millones. Pero en el momento en que dispone así de su fortuna, le acomete un temor: el rey es muy pobre, y siendo esto así ¿no habrá alguien que le decida á apoderarse de aquel montón de millones? Colbert aconseja á Mazarino que haga donación de toda aquella fortuna al rey, quien seguramente se la devolverá; entonces tendrá el cardenal la conciencia tranquila, habrá hecho fortuna nueva y la sucesión escapará á los peligros de las informaciones y de los procesos, puesto que será el rey quien habrá dado los millones. Mazarino siguió el buen consejo.

La corte se había instalado en Vincennes. La reina madre, siempre fiel, ocupaba unas habitaciones inmediatas á las del enfermo, á quien oía dar alaridos cuando le acometía alguno de sus ataques de sofocación, y acudía solícita á su lado; pero el cardenal se impacientaba y exclamaba al verla: «Esa mujer me matará... ¿No me dejará nunca en paz?» El rey, aunque de cuando en cuando iba á París para asistir á alguna fiesta, manifestaba á Mazarino gran afecto, y sentía profunda tristeza al verle en aquel estado; esto no obstante, tardó tres días en dar á conocer su negativa á aceptar la donación, lo cual demuestra que vaciló. Así que fué conocida su decisión, firmóse y rubricóse el testamento que hacía tiempo estaba preparado.

En la mañana del 3 de marzo, el cardenal había hecho llamar á los tres ministros, Le Tellier, de Lionne y Fouquet y les había manifestado su gratitud y ensalzado delante del monarca; y el día 7 despidióse del rey, de la reina madre, de Condé y de Turenna, dejando á cada uno como recuerdo un diamante ó una piedra preciosa. En aquellos últimos días dió á Luis XIV los consejos supremos, exhortándole sobre todo á que gobernara por sí mismo y á que se guardara mucho de nombrar un primer ministro; quizás aconsejó esto movido de su lealtad al rey, sabiendo como sabía mejor que nadie lo que un primer ministro puede costar á un reino, pero acaso también tenía celos de un sucesor posible y no quería que nadie disfrutara de los honores y de las riquezas que él se veía obligado á abandonar. Finalmente, para acabar de despedirse del mundo, dispuso que saludaran en su nombre á la Asamblea del Clero y del Parlamento, hecho lo cual ya no quiso pensar más que en Dios.

En el mes de enero había hecho prometer al padre Claudio Joly, párroco de Saint-Nicolas-des-Champs, que le asistiría en la hora de la muerte, después de lo cual había continuado ocupándose en los negocios y pasando muchas horas en el juego. Los que le veían jugar observaban que al recoger sus ganancias pesaba con la mano las pistolas y apartaba á un lado las más ligeras para jugarlas al día siguiente. Cuando los avisos de la muerte fueron más claros y más apremiantes, mandó á buscar al padre Joly, el cual, muy al corriente

(1) También entonces se efectúa el matrimonio de María Mancini con el jefe de la familia de los Colonna, á la que había servido el padre de Mazarino.

de lo que ocurría, quiso hablar al cardenal de sus pecados notorios y para ello sacó la conversación del empleo del dinero público. Pero Mazarino, que había previsto esta curiosidad, interrumpió al sacerdote diciéndole: «Os he enviado á buscar para oiros hablar de Dios.» Para confesarse de sus pecados había escogido á otra persona, el padre Angelo, superior de los teatinos, que por ser monje y por estar como á tal poco al corriente de los asuntos mundanos, y á la vez compatriota suyo, sería más discreto y más acomodaticio.

El cardenal, en sus coloquios con el párroco, lamentóse de sentir poco dolor por sus pecados, y en el momento de recibir el Viático hizo que aquél le explicara «los efectos de este sacramento y las disposiciones necesarias para recibirlo con provecho;» también le pidió que le dijera «los efectos del sacrificio de la misa, añadiendo que quizás no la había oído una sola vez en su vida conforme á las intenciones de la Iglesia.» Escuchaba al sacerdote sentado en una silla, vestido con una toga de color de fuego, afeitado, limpio, animado el semblante y difundiendo en torno suyo su respiración infectada. Al fin quedó bien preparado para morir; recitaba actos de contrición y los «pasajes más tiernos y más afectuosos de los salmos,» repetía el *Miserere mei, Deus*, y sus manos cruzadas oprimían un crucifijo. Hizo llamar al nuncio, á quien pidió la indulgencia plenaria «que los papas suelen otorgar á los cardenales en artículo de muerte,» y le anunció que dejaba una cantidad importante al Padre Santo para ayudarle á proseguir la guerra contra los infieles. Sin embargo, de cuando en cuando aún pensaba en el mundo y el día 7 por la noche todavía firmaba despachos. El día 8 oyó misa en su cámara «con gran aplicación de espíritu;» pero habiéndole uno de sus médicos, Vallot, ofrecido un caldo, no quiso tomarlo y miró «de una manera fija y penetrante» al que se lo ofrecía. La explicación de esto está en que Mazarino acusaba á sus médicos de que lo mataban y por esto no les dejó nada en testamento, al paso que se mostró generoso con su boticario. Poco después se arrepintió de la mala mirada que había dado á Vallot y pidió una absolución por haber murmurado contra la Facultad. El padre Joly le aconsejó que pidiera públicamente perdón de sus pecados y así lo hizo el cardenal, descubierta la cabeza, con un cirio en la mano y con perfecta humildad. Sus sufrimientos eran atroces: «¡Valor, decía, valor! ¡Es preciso sufrir!» En la noche del 8 al 9 comenzó la agonía, y á las dos de la madrugada expiró el cardenal en el momento en que abría un poco la boca para adorar el santo nombre de Jesús.

Si un personaje como este hubiese escrito la historia de su vida en forma de confesiones y hubiese dicho en ella toda la verdad de sus sentimientos y de sus actos, desde sus humildes orígenes y sus comienzos confusos hasta la apoteosis en que una de las dos manos sostiene la corona de Francia y la otra toca casi las llaves de San Pedro, habría dejado á la posteridad un documento humano que bien podríamos calificar de primer orden.

LIBRO SEGUNDO

LA INSTALACIÓN DEL REY

CAPÍTULO PRIMERO

EL REY (I)

I. La personalidad.—II. La educación.—III. El «yo» del rey.

I.—La personalidad del rey

Luis XIV contaba veintidós años y medio á la muerte de Mazarino y todo el mundo lo encontraba muy guapo. Una ligera disminución progresiva de la frente, una nariz larga de osamenta sólida, la redondez de la mejilla y la curva de la barba debajo del labio prominente, dibujaban un perfil acentuado, un tanto grave. En sus ojos pardos mezclábanse la dulzura y la gravedad, como se mezclaban en su modo de andar la majestad y la gracia; un porte majestuoso y el aire de grandeza realzaban su estatura, que era ordinaria; y en toda su persona había un encanto que atraía y una seriedad que mantenía á las gentes á distancia. Los contemporáneos pensaban que su figura por sí sola revelaba al rey, de quien dirá Berenice:

«Aunque la naturaleza le hubiese hecho nacer en la cuna
[más humilde,
el mundo, al verle, habría reconocido en él á su señor.»

El embajador de Venecia escribía diez años antes: «Si la fortuna no le hubiese hecho nacer gran rey, es indudable que la naturaleza le ha dado la apariencia de tal.»

No por esta majestad natural dejaba el joven rey de

(1) FUENTES: *Les Oeuvres de Louis XIV*, París, 1806, 6 vol. *Mémoires de Louis XIV pour l'instruction du Dauphin*, ed. C. Dreyss, 2 vol. París, 1860. Colbert, *Journal fait par chacune semaine de ce qui s'est passé pour servir à l'histoire du roi*, en el tomo VI de las *Lettres...* editadas por C. Clement. Cartas del P. Paulino, confesor del rey, al cardenal Mazarino, en P. Cherot, *La première jeunesse de Louis XIV* (1649-1653), Lille, 1892. Las Memorias de la época, especialmente las de la señora de Motteville y de la señorita de Montpensier. *Journal de la santé du roi Louis XIV* (1647-1711), *écrit par Vallot, à Aquin et Fagon*, editado por J. A. Le Roi, París, 1862. *Médailles sur les principaux événements du règne de Louis le Grand*, obra publicada por la «Académie des Médailles et Inscriptions» París, 1702. Saint-Simon, *Parallèle des trois premiers rois Bourbons*. Las Relaciones de los embajadores venecianos Giovanni Battista Nani (agosto de 1660), Alvise Grimani (1660-1664), Alvise Sagredo (1664-1665), en el tomo III de las *Relazioni...*

OBRAS DE CONSULTA: Además de las del P. Cherot y de La-cour-Gayet: Sainte Beuve, *Les œuvres de Louis XIV*, «Causeries du lundi,» t. V, pág. 313; *Le Journal de la santé du roi*, «Nouveaux lundis,» t. II, pág. 360. A. Peraté, *Les portraits de Louis XIV au musée de Versailles*, Versailles, 1896.

ser joven. Aficionado á las novelas y á los versos, afición que hicieron nacer en él las sobrinas del cardenal, leía colecciones de poesías y de comedias y le gustaba hablar de esta literatura: «Cuando emitía su opinión sobre estas cosas, escribe Mademoiselle, la emitía tan bien como un hombre que hubiese leído mucho y que tuviese perfecto conocimiento de lo leído. No he visto en nadie tan excelente sentido natural ni hablar de una manera tan justa.» Agradábanle todos los placeres; justaba admirablemente, corría sortijas, bailaba, representaba comedias y no se abstenía de las travesuras de las mascaradas. Los jóvenes y las doncellas nobles á quienes admitía en sus juegos, se detenían espontáneamente ante los límites de la familiaridad.

Era cortés, de cortesía natural, pero al mismo tiempo reflexiva, acomodada á la calidad de las personas y que jamás se equivocaba de una línea. Escuchaba «mejor que un hombre de mundo» y nadie encontraba ni decía mejor que él lo que en cada ocasión era preciso decir. Por fortuna no tenía esa clase de ingenio que está de moda en Francia y que consiste en burlarse, venga ó no á cuento, de las personas y de los sentimientos: «Nunca, dice Saint-Simón, habló en términos que pudieran disgustar.» Era reposado, ejercía un dominio asombroso sobre sí mismo y una explosión de cólera en él era un acontecimiento. En los primeros años consentía que Colbert le dijese las cosas más duras. Ningún rey ha mandado con tanto donaire como él, y la grandeza que en medio de este donaire conservaba y que se comprendía que emanaba de algo muy elevado, le prestaba un encanto al que nadie, francés ó extranjero, supo resistir.

No era malo, antes al contrario tenía impulsos de bondad y hasta de sensibilidad; amaba á su madre, á la que lloró á lágrima viva, y profesaba á su hermano una amistad que ciertamente no merecía aquel doncel demasiado lindo, emperifollado, de costumbres ridículas é innobles y á quien la señora de Lafayette aplicó una frase terrible: «El milagro de inflamar el corazón de ese príncipe no estaba reservado á ninguna mujer del mundo,» es decir, á ninguna mujer en el mundo. Mostrábase cariñoso con la reina, la infantil infanta cuyos grandes ojos le llenaban de admiración, y «lloró mucho» cuando enfermó en 1664. Un día en que se llevaba á la enferma, cuyo estado se creía desesperado, el bonete milagroso de San Francisco de Paula, el rey encontró la reliquia en la antecámara y la besó con devoción. La primera vez que viajó sin la reina «derramó lágrimas que quiso ocultar al público, pero que, ha-

biendo sido vistas por la que de ellas era causa, la consolaron de todos sus males.» En otras muchas ocasiones se le vio llorar copiosamente; pero las lágrimas no tardaban en secarse en aquel rostro triunfal. Por lo demás, es posible que no fuera más egoísta que cualquier otro hombre de su época ó de la nuestra, pero no se hallaba preparado para resistir á las tentaciones de adorarse á sí mismo que los demás, adorándole, le ofrecían.

Los males de que la reina se sintió consolada por las lágrimas del rey, eran ya males de celos. En efecto, un año después de efectuado el matrimonio, comenzó la serie de las queridas del monarca. En una ocasión en que la reina Ana reprochaba á su hijo su mala conducta, éste contestó á su madre «con lágrimas de dolor que conocía su mal, que había hecho todo lo posible para no ofender á Dios y no abandonarse á sus pasiones; pero que se veía obligado á confesarle que éstas eran más fuertes que su razón, que no podía resistir á la violencia de las mismas y que ni siquiera sentía el deseo de hacerlo.» Era un sensual, un gran gastrónomo, dispuesto á aprovechar todas las ocasiones que el amor le brindaba, todos los amoríos pasajeros, que eran otras tantas infidelidades á las queridas oficiales y algo así como la moneda menuda del adulterio. A fuer de verdadero Don Juan, se dejaba seducir por toda clase de encantos. Ni María Mancini ni La Valliere eran guapas, y sus atractivos eran de índole muy distinta: un alma «atrevida, arrebatada, libertina» brillaba en los ojos y sonreía diabólicamente en los labios de la italiana; La Valliere era una doncella noble de provincia, una rubia de ojos azules, enamorada, con una expresión de asombro y la turbación del pecado. Más tarde, el rey se enamorará de los esplendores de la carne y del brillo del ingenio de la señora de Montespán; después sentirá un capricho por la carne sin ingenio de la señorita de Fontange, y por último un afecto grave por la delicada belleza madura y por el talento de la señora de Maintenón. Enamorado siempre, cuando tendrá cerca de setenta años, pedirá amor á su septuagenaria compañera, que le escuchará asustada. Pero nunca, ni siquiera en los momentos en que estaba bajo el imperio de sus más vivas pasiones, olvidó ni olvidará que es el rey. Fué para él muy duro tener que renunciar á María Mancini; la noche antes de la partida de ésta presentóse tan abatido en las habitaciones de su madre, que ésta, llamándole aparte, hablóle largo rato y luego lo llevó á un gabinete en donde estuvieron juntos una hora. El rey salió de la entrevista con los ojos hinchados, y la reina dijo á la señora de Motteville: «El rey me da lástima; es tierno y razonable á la vez...» Durante toda su vida será dueño absoluto de su espíritu, según él mismo dice en sus Memorias. «Dos cosas absolutamente distintas» le interesarán, los «placeres» y los «negocios», y acaso la mayor prueba del dominio que tenía sobre sí mismo, aun obedeciendo á su temperamento, es la separación que estableció entre el «amante» y el «soberano.»

Saint-Simón, que ha dicho que Luis XIV había «nacido bueno,» lo que es mucho decir, añade que había nacido también «justo», y que conservó hasta el fin «inclinaciones á la rectitud, á la justicia y á la equidad.» Todo esto es cierto, pero desde muy joven demostró, con hechos grandes, como los proyectos de su política

y las injusticias del proyecto Fouquet, ó pequeños, como la desgracia de que hizo objeto á la duquesa de Navailles, que para que siguiera sus inclinaciones á la equidad, era menester que no se vieran contrariadas por otras de más suave pendiente. El crimen de la señora de Navailles, dama de honor de la reina, consistió en «haber hecho tapiar una puerta secreta que el rey había mandado abrir detrás de la cama de las doncellas de honor.» Luis XIV sólo será justo en aquellos negocios en que no estarán interesados su autoridad, ni su orgullo, ni sus conveniencias, ni sus comodidades.

Lo inesperado y sorprendente es que ese joven, bajo apariencias de soberbia, es prudente, circunspecto y hasta moderado. En sus Memorias confiesa una timidez hija del temor de no acertar en sus actos ó en sus palabras; y en tiempo del cardenal esforzábale en formarse un criterio sobre los asuntos que oía discutir, y se sentía orgulloso cuando su modo de pensar coincidía con el de las «personas de experiencia.» Ahora que es él quien manda, vacila á menudo y se turba: «La incertidumbre á veces desespera; con frecuencia hay cosas que disgustan y otras delicadas que es difícil desembrillar...» Nunca improvisa una decisión, y una de las frases que repetirá más frecuentemente es: «Ya veré;» tampoco improvisa sus palabras, sino que aprende de memoria las que hay que decir en las circunstancias difíciles é interrumpe el discurso si no las recuerda. Así le sucedió en sus primeros tiempos un día en que hablaba con algunos miembros del Parlamento de una cuestión delicada, el proceso Fouquet; De Ormessón, que presenció el hecho, dice: «El rey se detuvo largo rato para reanudar su discurso y meditó bastante tiempo; y no recordando lo que había meditado, nos dijo: «Es sensible que esto nos suceda, porque en estos asuntos no está bien decir lo que no se ha pensado.» Por último aporta á sus empresas la prudencia de la inquietud previa: «En todo lo dudoso, el único modo de proceder con seguridad es echar la cuenta sobre la base de lo peor.» Suya es la siguiente máxima: «Guardaos de la esperanza, que es mala guía.»

Hasta aquí las cualidades de gobernante; veamos ahora una gran virtud real: la alegría de ser rey. Luis XIV la manifestaba en toda su manera de ser y la expresaba en términos ingenuos: «El oficio de rey es grande, noble, delicioso (1).»

Pero esta hermosa y alegre idea del oficio implicaba el deber de desempeñarlo personalmente, y el principal honor de Luis XIV es haber comprendido que la condición de esta «grandeza,» de esta «nobleza» y de esta «delicia» era el trabajo.

Colbert refiere que en un mismo día el rey presidió el Consejo de hacienda, desde las diez de la mañana hasta la una y media; luego comió, después presidió otro consejo, se encerró dos horas para aprender latín, que sabía apenas y quería conocer para poder leer él mismo los documentos de la cancillería pontificia, y por la noche celebró otro consejo hasta las diez. Y

(1) Véanse *Réflexions sur le métier de Roi*, en la edición Dreyss de las *Mémoires*, t. II, pág. 518. Este fragmento es del mismo rey y por esta razón es muy interesante. Las Memorias se nos presentan bajo un estilo extranjero. Véase acerca del modo cómo fueron redactadas, Dreyss, t. I, introducción.

aquel día no hizo otra cosa que aumentar un poco el ordinario trabajo cotidiano.

Para trabajar no se encerraba en el silencio de un despacho, ni se cogía la cabeza entre las manos, pues su alma no era propensa á la meditación; el trabajo de Luis XIV consistía en la atención que ponía en los consejos, en las audiencias, que eran muchas, en las conferencias privadas con los ministros ó con los hombres cuyas opiniones estimaba; consistía en las órdenes que al saltar de la cama daba á tal ó cual secretario de Estado, que esperaba que se levantara para exponerle un asunto entre el momento de levantarse y la misa; en la preocupación de las empresas comenzadas; en el temor de no obtener éxito ni gloria; en la actividad aplicada así á las diversiones de cada día y á los programas de las fiestas maravillosas, como á los grandes negocios de la política; en la solicitud con que escuchaba lo mismo al mariscal de Bellefonds, que le hablaba «de las inclinaciones particulares de las damas de la corte,» que al mariscal de Turenna, «que exponía á Su Majestad planes guerreros;» en la mirada en constante actividad que quería verlo todo y todo lo veía, en efecto, y en el esfuerzo por conservar en todas las ocasiones el aire de majestad y de soberano reposo. Todo el mundo se agita en torno del rey: los cortesanos viven en perpetua inquietud; los ministros dejan ver que se fatigan; y el que en aquellos primeros tiempos veía pasar á Colbert y á de Lionne, podía decir lo que más tarde escribirá La Bruyere, pensando en Colbert y en Louvois: «Jamás se les ha visto sentados ni parados, y aun ¿quién les ha visto andar?» El joven soberano pasa de una ó otra ocupación «sin trabajo, sin que su inteligencia se encuentre nunca perpleja ni confusa,» y «no cabe imaginar que sea siempre el mismo príncipe.»

Luis XIV se cansó pronto de desempeñar muchos papeles con igual atención, pues aunque era vigoroso, resistente en todos los ejercicios y arrostraba con la misma cara tranquila los días hermosos que las intemperies, padecía desde niño desarreglos de estómago é intestinales. En 1662 «siente vértigos, dolores en el corazón, debilidad y abatimiento» y sufre crisis de melancolía; su apetito glotón, sus excesos habituales en la comida, á pesar de su mala dentadura, bastarían para explicar el desorden de la salud del rey; pero el embajador de Venecia, que ve á éste «perder los bellos colores de su rostro» y parecer, en la flor de su juventud, más viejo de lo que es, escribe en 1665: «Se consagra extraordinariamente á los negocios con la emoción más viva; se apasiona profundamente por todas las empresas que acomete; siente inquietudes, sobre todo por las que podrían menoscabar la gloria de su nombre; se fatiga la inteligencia, y sucumbe entonces á dolores de cabeza agudos.»

Sin embargo, ni la enfermedad, ni la medicina, más temible que la enfermedad misma, turban la regularidad que preside la distribución de cada día de su vida; y así le veremos durante medio siglo trabajar de la misma manera y á las mismas horas. «Con un almanaque y un reloj, escribirá Saint-Simón, podíase decir, á trescientas leguas de él, lo que hacía.» Este orden inmutable en el trabajo parecía una ley de la naturaleza.

Ese joven estaba, pues, adornado de hermosas cuali-

dades y de virtudes regias; pero desgraciadamente si el duque de Saint-Simón estuvo injusto al decir que la inteligencia del rey «era inferior á lo mediocre,» no cabe duda alguna de que no pasaba de ordinaria. Bastábale, sin embargo, para comprender hasta las cosas difíciles, cuando se las habían explicado, y le gustaba que se las explicaran. Colbert, á quien se acusa de haberle agobiado con los detalles, le expuso siempre sus grandes proyectos en conjunto y más bien tres veces que una, porque sabía que «explicar bien las cosas al rey» era una de las mejores maneras de hacerle la corte. Pero la inteligencia de Luis XIV era casi completamente pasiva, sin iniciativa alguna, nada curiosa ni aficionada á los problemas; no buscaba nada debajo ni más allá de lo visible y había sido dotada tan pobremente que, en resumidas cuentas, fué deplorable para el espíritu y para el carácter.

II. — La educación

Luis XIV había sido un mal estudiante por culpa del cardenal, que era el hombre menos pedagogo, pero también por efecto de las circunstancias, de la guerra civil y de toda la perturbación de las sediciones, de las fugas, de las incursiones y de las batallas. Gracias á todas estas causas, no había aprendido casi nada de sus maestros. A propósito de su ignorancia de la historia, él mismo decía: «Se siente una pena amarga ignorando cosas que saben todos los demás.» En cambio, es evidente que recibió una educación profesional.

Vió la guerra con sus propios ojos y se portó muy bien en ella, y cada año se presentaba á los ejércitos, mostrando en estas ocasiones una alegría sin igual, divirtiéndose con las incomodidades y con las privaciones, permaneciendo á veces quince horas á caballo y aventurándose alegremente en escaramuzas. Durante el sitio de Dunkerque, en mayo de 1658, al que quiso asistir á pesar de la reina y del cardenal, que temían el daño que podría causarle el permanecer en un lugar infectado por los cadáveres que allí había de años anteriores medio enterrados en la arena, acude á los sitios peligrosos y da órdenes para que avancen las obras. Al mes siguiente, en el sitio de Bergues-Saint-Winox, siéntese muy enfermo, pero disimula mientras puede, hasta que al fin confiesa su estado al cardenal quien, no sin gran trabajo, logra de él que se deje transportar á Calais. Allí el mal se agrava, y en la noche del 6 al 7 de julio recibe el monarca la comunión, y dice animosamente al cardenal: «Sois hombre resuelto y mi mejor amigo; por esto os ruego que me aviséis cuando esté en lo último.» La unanimidad de los testimonios no permite dudar de la resistencia ni del valor de ese joven ni de su voluntad de aprender el arte militar. Asistía á los consejos de guerra y recibía las lecciones de Turenna y del cardenal, que se creía dotado de disposiciones militares, y cuando se hubo firmado la paz, uno de sus placeres consistió en ejercitar sus tropas, hacerlas maniobrar y pasar revistas con atención extremada, inspeccionando cuerpo por cuerpo, compañía por compañía y, por decirlo así, «hombre por hombre.» Aprendió perfectamente la organización de un ejército y la dirección de las operaciones de campaña y especialmente de sitio, fué competente para mantener correspondencia

con sus generales y se informó con la mayor solicitud, preguntando siempre detalles y más detalles en los deliciosos billetes que escribía á los jefes de las primeras expediciones militares.

También conocía los asuntos extranjeros. Un día, en sus primeros tiempos, según refiere Colbert, daba audiencia al embajador de España, y habiendo éste querido decirle algo de los agravios de su corte para que tratara de ellos con los ministros, el rey le pronunció «un discurso de las quejas que tenía contra España.» El embajador intentó aprovecharse «de todas las pausas que la manera moderada de hablar del rey le dejaba;» pero las pausas del monarca sólo servían para repasar la frase que iba á decir, y en seguida reanudaba su discurso. El embajador quedó asombrado, pues en los cuarenta años que llevaba de carrera, nunca había oído á «un príncipe hablar más que por monosílabos.»

En esto, su preceptor fué seguramente Mazarino; por él conoció Luis XIV el gran sistema de la política francesa, esa actividad, esa habilidad durante tanto tiempo sostenidas y al fin victoriosas; él le enseñó la necesidad de sacrificar todo escrúpulo, incluso de honor, á la razón de Estado; el consiguió del monarca, que naturalmente se resistía, el consentimiento á la alianza con Cromwell el regicida; y él le reveló las astucias, el arte de comprar ministros y hasta príncipes, el precio del voto de elector del Sacro Imperio, ó de un voto de cardenal de la Iglesia romana, haciéndole ver que la elección de los dos jefes de la cristiandad, el papa y el emperador, era un conjunto de intrigas y manejos. Con estas enseñanzas, el rey había de aprender necesariamente á despreciar lo extranjero; y, efectivamente, aprendió por desgracia á despreciarlo.

Pero si bien los negocios extranjeros y los militares constituyen partes importantes del gobierno, hay otros que Mazarino no podía enseñar, puesto que los ignoraba. El cardenal no pedía á la hacienda sino que le facilitara el dinero necesario para su política y para sus caprichos. Su filosofía era corta: en sus últimos consejos al rey le recomendó que «aliviara al pueblo en cuanto lo permitieran los gastos indispensables;» que «respetara, como primogénito de la Iglesia, los derechos, inmunidades y privilegios de la misma,» y que «hiciera caso» de la nobleza, que es su «brazo derecho.» Mejor hubiera hecho no diciendo nada.

Mazarino consideraba el gobierno interior como un asunto diplomático, y el primer principio de su método era la desconfianza hacia todo el mundo. Siendo todavía niño el rey, díjole el cardenal una frase odiosa: «Importa á Vuestra Majestad pensar que no puede fiarse de ningún francés.» porque todo francés está interesado en mermar la autoridad real.

El comentario de este precepto ruin lo tuvo Luis XIV en las lecciones de la Fronda.

El monarca vió de cerca las traiciones y los falsos semblantes de los traidores.

«Mis súbditos rebeldes, escribe en sus Memorias, cuando han empuñado las armas contra mí, quizás me han indignado menos que aquellos que al mismo tiempo permanecían junto á mi persona y me prestaban más servicios y asiduidades que todos los demás, mientras yo sabía perfectamente que me hacían traición.»

Conoció el precio de las fidelidades: «Apenas había

entre mis súbditos otra fidelidad que la comprada con dinero ó con recompensas de honor.» Además, vióse obligado á disimular, á mentir, y se mostró admirable mediante en una memorable ocasión.

Después del regreso del rey á París, el cardenal de Retz habíase hecho fuerte en el arzobispado y en la catedral, poniéndose en condiciones de sostener un sitio; pero al fin, en 19 de diciembre de 1652, se decidió á presentarse en el Louvre para ofrecer sus respetos al monarca. Cuando llegó allí, el rey se disponía á ir á misa con su confesor, el P. Paulín, y Villequier, capitán de sus guardias. Aunque la visita no había sido anunciada, Luis XIV sabía cómo se conduciría el día en que la recibiera, lo que no podía menos de suceder, dado el estado de los negocios. Luego que el cardenal le hubo saludado, púsose á hablar de una comedia que estaba imaginando, acercóse á Villequier, díjole en voz baja algunas palabras, y separándose de él, para mejor indicar que se trataba de una comedia, le dió en alta voz la siguiente orden: «Sobre todo que no haya nadie en el teatro.» Después entró en la capilla con su confesor, y á media misa, Villequier fué á anunciarle que su orden había sido ejecutada. Volvióse entonces al P. Paulín y le dijo: «Hago detener al cardenal de Retz;» y el sacerdote, creyendo que el rey se excusaba porque hacía esperar al prelado, le contestó: «El señor cardenal tendrá paciencia.—«No es esto,» replicóle el rey. El padre Paulín, recordando la escena de pocos momentos antes, comprendió al fin lo ocurrido. «¡Oh, cuánta fué mi sorpresa!» escribe á Mazarino. Hasta aquel día, el confesor había admirado en el rey «el alma más cándida y más sincera de todas las de su Estado;» es, decía, «un verdadero Deodato y todo en él es de Dios;» esto no obstante, había advertido que el niño «era juicioso y atento á sí mismo.» Después del arresto del cardenal, el P. Paulín insiste sobre esta cualidad: «Está siempre atento á sí mismo y á todo cuanto pasa en su interior, aunque á menudo no parezca esto gran cosa.» Admira los progresos de este dominio sobre sí mismo: «El rey crece en sabiduría y en disimulo.» Y el bueno del padre aconseja á Mazarino que no se fíe, pues este niño prodigio podría un día emanciparse sin avisar: «Vuestra Eminencia permitirá á su servidor que le diga que no debe dejar que se acerquen á Su Majestad más que hechuras suyas de toda confianza.» Ahora bien; aquel «político refinado» que obra «con tanta prudencia y discreción como si hubiese vivido treinta y cinco años metido en los negocios,» y que encontró esa bonita frase: «Que no haya nadie en el teatro,» y que engañó á la vez á un cardenal, ¡y qué cardenal!, y á un jesuita, tenía quince años.

La educación por la vida dió á Luis XIV la costumbre de disimular profundamente, hasta de una manera pérfida y más de una vez odiosa, y le hizo para siempre desconfiado, de tal suerte, que procura «penetrar» al través de las máscaras «los más secretos sentimientos,» con una predisposición á encontrarlos mediocres ó malos, destruyendo en él, en caso de que la tuviera, la facultad de simpatía. La Rochefoucauld, ante el espectáculo de la Fronda, convirtiéndose en juez severo de la naturaleza humana; pero acaso no la despreció tanto en sus «máximas» como Luis XIV en su fuero interno; y acaso también este desprecio engendró en el rey el

convencimiento de que no debía gastar ceremonias con los hombres.

Por último, la Fronda dejó en el ánimo de Luis XIV una inquietud que parecería extraña si no recordáramos que hubo momentos en su vida en que la monarquía se creyó en peligro. Teme que la Fronda se reproduzca, y si ha dejado gobernar á Mazarino, «cuyas ideas y modales eran tan diferentes de los míos,» ha sido por miedo de excitar tal vez de nuevo las mismas tempestades. Cuando mandará redactar sus Memorias, á pesar de que hace ya muchos años que gobierna en medio de la obediencia universal, dirá todavía que el rey necesita hacerse suyos á los príncipes, porque si éstos están unidos á él, «los descontentos, no pudiendo reunirse en ningún sitio, se ven obligados á digerir su pena en las casas particulares.» Precipita el fin de una campaña para ir á arreglar en la corte un asunto sin gravedad:

«Es conveniente apaciguar las contiendas que surgen en la corte; de lo contrario, los cortesanos se acostumbran á acantonarse, á unirse, y la unión realizada contra un particular se encuentra siempre á punto cuando se trata de amotinarse contra el soberano.»

Hasta una simple disputa entre dos personas le parece peligrosa:

«Los amigos intervienen en la disputa; los de ambas partes celebran consejos, y si sobreviene cualquier movimiento intestino, los sediciosos encuentran jefes reconocidos... y puntos de reunión ya designados.»

Es preciso, pues, que el rey reúna bajo su mirada y bajo su mano todos los «jefes» posibles de sediciones, todos aquellos cuyos castillos puedan servir de «puntos de reunión,» dejando á los descontentos únicamente las «casas particulares,» en donde digerirán sus penas ofensivas. El rey, que se acuerda de las travesuras de su tío Gastón de Orleans, adopta precauciones contra su hermano; y cuando éste le pide un gobierno y plazas de seguridad, le contesta que la mejor plaza de seguridad para un hijo de Francia es el corazón del rey. En cuanto á los demás príncipes, á los duques, á todos los personajes ilustres, á los facciosos arrepentidos y á los hijos de los facciosos, quiere tenerlos á su lado, ocuparles, divertirles, atraérselos. Ya no había en Francia más que un lugar de reunión, el del rey, es decir, la «corte;» y esta corte, modesta en un principio y algo libre todavía, será organizada por él hasta en sus menores detalles, y no se moverá sino ajustándose á ciertos ritos y vigilada por él, que tomará nota de las ausencias y condenará á un hombre con esta sola frase: «Es un hombre á quien no veo.» La corte crecerá rápidamente, y de haber podido, el rey habría llamado á ella á toda su nobleza para que sirviera y contemplara á su persona. Entre sus primeros actos, alábase de un cambio «en el que estaba interesada toda la nobleza de su reino;» diríase, en vista de esto, que se trata de algo muy importante, y sin embargo se refiere únicamente al modo de proveer las plazas de pajes de su caballería, que no le satisface. Las personas de calidad no las pretendían porque habían sido admitidos á desempeñarlas algunos villanos, y además porque esos pajes difícilmente hallaban ocasión de acercarse al rey; para poner remedio á esto, Luis XIV se tomó el trabajo «de nombrar por sí mismo dichos pajes,» doblando el nú-

mero de ellos, y dijo que cuidaría de que tuviesen el honor de verle y de servirle.

La distribución de mercedes es uno de los medios de gobierno que le parecen más eficaces, y una de las primeras cosas que dice á sus ministros es que «todo cuanto era merced» debía serle «pedido directamente,» pues, en su concepto, era «importante distribuirlas maduramente y aun tomar sobre ello consejo.» Era maestro en el arte dar: cuando el conde de Bethune buscaba dinero para pagar el cargo de caballero de honor de la reina, envióle «seis mil luises de oro de su tesoro particular, y le hizo decir que, habiendo sabido que había recurrido á sus amigos, se extrañaba de que no le hubiese contado en el número de ellos.» Sobre todo quiere que se sepa que es él quien da, y ninguna ocasión le parece pequeña para obligar á alguien á estarle agradecido. Durante la guerra de Holanda, se establecerá un impuesto sobre las casas de los arrabales; pero hay entre éstas algunas pertenecientes á los hospitales, y el Consejo es de parecer de eximirlos de tal contribución. El rey, á quien se consulta, ordena la exención, y añade: «Decídselo cuanto antes, de modo que me lo agradezcan.» No desdeña los homenajes de nadie: en 1664 dió audiencia en Fontainebleau á los mercaderes de París, y cuando éstos se hubieron retirado, les mandó decir, mientras estaban en la mesa, que «de no haberse encontrado mal, habría ido á beber con ellos.» «Mucho le complace,» escribe, que Colbert haya pedido á los merceros que «recen en sus comunidades para dar gracias á Dios por haberles concedido un soberano tan bueno.»

La idea de un rey universal, bienhechor y patrono, hállase expuesta en una página preparada para las Memorias.

«Todas las miradas se fijan en él solo; sólo á él se dirigen todos los votos; él solo recibe todos los respetos; él solo es objeto de todas las esperanzas; nada se solicita, nada se espera, nada se hace más que por él solo. Su benevolencia es considerada como fuente única de todos los bienes; y nadie cree elevarse sino á medida que se aproxima á su persona ó á su estimación; todo lo demás es estéril.»

Un rey á quien por la esperanza todo el mundo obedece y adora, y que mantiene todo su reino ligado al culto de su persona, no tiene que tomarse gran trabajo para gobernar. Luis XIV cree demasiado, en efecto, que el gobernar es cosa fácil y hasta divertida, y esto constituye uno de los errores más graves en que incurrió.

Este error querrá transmitirlo á su hijo:

«No habéis de imaginar que los negocios de Estado sean como esos puntos espinosos y oscuros de las ciencias, que tal vez os habrán fatigado... La función de los reyes consiste principalmente en dejar obrar el buen sentido, que obra siempre naturalmente y sin esfuerzo. Lo que nos ocupa es á veces menos difícil que lo que simplemente nos divertiría... Todo lo que es más necesario para este trabajo es al mismo tiempo agradable, porque consiste, en una palabra, hijo mío, en tener abiertos los ojos sobre toda la tierra; conocer incesantemente las noticias de todas las provincias y de todas las naciones, el secreto de todas las cortes, el humor y el punto flaco de todos los príncipes y de todos los ministros extranjeros, en estar informado de una infinidad